



EL MONTE SAN MIGUEL.

Este monte célebre ha dado lugar á muchas y estensas noticias, á las cuales remitimos al lector ansioso de numerosos pormenores; nos contentaremos con dar aquí la rápida reseña que ha hecho de él Monsieur Eduardo, hermano.

«El monte San Miguel, situado en el departamento de la Mancha, está circunvalado en su base de murallas, torres y bastiones que bañan el mar. Presenta sobre este circuito formidable los edificios de la ciudad, que se elevan irregularmente contiguos á la roca, y aglomerados en cierto modo unos sobre otros. Sobre estos, y por decirlo así, casi á la altura de su cima se destaca una especie de torre de homenaje, circundada de elevadas murallas, de altos torreones, de estribos sólidos, donde está encerrado el convento, sobre el que descuella en fin la iglesia del monasterio, en cuya torre se ha colocado un telégrafo que parece coronar el conjunto de esta gigantesca pirámide.

«Los recuerdos históricos que tienen relacion con este lugar santificado por la aparición del arcángel S. Miguel, de este vencedor de *Beleno* y del dragón, de este santo venerable, no ofrecen menor interés que el del aspecto interior. Santos ermitaños sucedieron á los sacerdotes del paganismo en la posesion de este templo, que los duques normandos, los reyes de Francia é Inglaterra veneraron edificando en él una iglesia y convirtiéndola en una fortaleza inexpugnable. Allí fué donde Enrique I rechazó los ataques de sus dos hermanos mayores; allí fué tambien donde Enrique II, en el año 1166, mantuvo su corte y recibió los homenajes de los sublevados bretones que su vigoroso brazo habia llegado á subyugar. Mas tarde, cuando las demás fortalezas abrían de grado ó por fuerza sus puertas macizas á los enemigos de la Francia, vióse el castillo de San Miguel, del que era gobernador el valiente capitán Luis de Estouteville, resistir á las armas del vencedor de Azincourt, y permanecer fiel á su rey, á pesar de los dos sitios que tuvo que sostener sucesivamente en el año 1417 y 1425.

«Las reliquias de S. Auberto, llevando, según la tradición, la marca del dedo de S. Miguel, fueron visitadas durante muchos siglos por una numerosa muchedumbre de peregrinos á quienes no detenía la distancia; y los archivos del convento conservan el nombre de más de doce reyes peregrinos que fueron allí á prosternarse humildes como pobres penitentes, y cubrir la urna del santo de sus ricas ofrendas. Solo la revolucion dispersó los monjes, interrumpió las peregrinaciones y varió el destino del edificio, que se convirtió en una prision de Estado, donde mas de trescientos eclesiásticos venerables fueron encerrados, esperando que la muerte con su desapiedadada guadaña fuera á arrancarlos de estos reductos sombríos.

«¿Quién no ha oído hablar de los subterráneos, de los calabozos, y de aquella jaula de hierro del monte San Miguel, la cual, por lo demás, á pesar del nombre que se la dió, era realmente construida de madera? El último habitante de aquella triste morada fué un desgraciado periodista holandés que fué cogido fuera del territorio de Francia por haber injuriado á Luis XIV, y el que fué tratado por este príncipe, grande á la par que débil y vanidoso, como lo fué tambien por este mismo tiempo el célebre preso italiano, conocido bajo el nombre de *Máscara de Hierro*. El monte San Miguel, situado en el condado de Cornouailles en Inglaterra, cuya semejanza con el que describimos es cosa sorprendente, aunque sea mas pequeño, era una de las dependencias que la abadía normanda tenía en el extranjero.

«La entrada del monte San Miguel está defendida por tres puertas que cierran de nuevo una sobre otra; la segunda puerta tiene á cada lado dos enormes cañones que formaban parte de la artillería de Enrique V, y que arrojaron balas de piedra de 0,32 centímetros de diámetro, cuando en el año 1425 tentó en vano el rey de Inglaterra bombardear el fuerte. Al lado de esta puerta están grabadas sobre la pared las armas de los caballeros de San Miguel, sostenidas por un león. La tercera puerta, maciza é imponente, está flanqueada por torreones.

Y provista de un castiello. Una hostería inescuina, de aspecto poco seductor, está situada muy próxima, y ofrece por toda vianda aves, langostas y pescado. La ciudad, si se la debe llamar así, poblada por 500 habitantes, consiste en una sola calle estrecha y escarpada, que la viña, la higuera y el almendro cubren con su sombra y exhalan aromas á la vez. Se puede llegar á la cima por diferentes partes, pero es más cómodo seguir la calle ó subir por las murallas, á cuya estremidad se hallan muchas escaleras que conducen á la puerta del castiello monástico; esta puerta tiene á cada lado dos torreones de piedra, construidos en el año 1237 por el abad Richard Tustin, y presenta un aspecto verdaderamente feudal. Pero aquella antigua mora de caballeros esforzados y de nobles valientes, no repite los martiales sonidos de la corneta y los bélicos acentos del clarín: los condenados por delitos políticos, hasta los criminales la habitan ahora, y el ruido de las cadenas, mezclándose con el del movimiento uniforme de los tejedores, indican al visitador el nuevo destino de la antigua ciudad normanda. A consecuencia de este nuevo destino, sólo hay una parte del edificio que se pueda examinar con alguna atención; las restantes se hallan ocultas por tabiques ó paredes divisorias.

Después de haber exhibido el extranjero su pasaporte y obtenido del gobernador el permiso para visitar el fuerte, es conducido por bóvedas misteriosas, corredores, ángulos, escaleras oscuras y húmedas, hácia el claustro, construido en el intermedio del año 1220 al 1225; la parte más magnífica del edificio es una verdadera maravilla de arquitectura cal árabe, y cuyo estilo admirable solo se encuentra en España. Por la parte del patio, estos claustros descienden sobre un doble orden de arcos puntiformes elegantemente apoyados en ligeras columnas de granito, que dejan un angosto corredor abovedado entre cada orden. La columna en que se apoya la curva del arco diagonal está situada bajo el punto central del arco diagonal contiguo, por manera que la deliciosa voluta esmeradamente esculpida, que parece desprenderse de los chapiteles de las columnas alternas, no se oculta á la mirada ni un solo instante. Las partes triangulares que forman los ángulos descritos por los arcos, están cubiertas de los más lindos y caprichosos adornos de follaje, de flores, guirnaldas, tan maravillosamente esculpidas, que es imposible hallarle en otra parte más magníficos y tan perfectos. Una cornisa compuesta únicamente de flores, corona admirablemente el conjunto de aquella creación vegetal, de la que un artista hábil debería tratar de reproducir hasta los pormenores más insignificantes, mientras que estas esculturas se conserven en el mejor estado. Los arcos y esculturas son de piedra tallada, de un grano muy fino, llevada de mucha distancia. El resto del edificio es de granito como el de la roca.

La iglesia de la abadía consiste en dos partes de arquitectura pertenecientes á distintos siglos y á estilo diferente. La nave, de estilo normando del siglo XI (1090), con sus chapiteles tan ligeramente esculpidos y su bóveda de madera, sirve ahora de capilla á los presos. El coro, de arquitectura gótica, es del siglo XV (1432-1434); las molduras de los arcos se apoyan en los adornos de las columnas, sin interrupción de chapiteles; los arcos están cerrados por paredes, sobre las cuales se notan curiosos bajos relieves, cuyos pasajes, representados de un modo bastante grotesco, son sacados de la Escritura. Los pilares que sostienen los torreones del centro, habiendo sido enmoventados por un incendio (el último de los ocho ó diez siniestros de este género que sufrió la abadía en diferentes épocas) han sido reemplazados por una armadura hábilmente dispuesta para impedir todo derrumbamiento de la bóveda.

La cámara de los caballeros, situada bajo el claustro, es un salón estenso pintado de cierto modo que revela una nobleza completamente particular. Forma una especie de nave dividida en cuatro partes, cuyas bóvedas están apoyadas en tres órdenes de columnas; su longitud es de 31 metros 84 centímetros, y su latitud de 22 metros 0,8 centímetros. La fecha de su construcción puede fijarse en el siglo XIII. Allí era donde celebraban capítulo los caballeros de la orden de San Miguel, fundada en el año 1469 por Luis XI, quien dos veces fué en peregrinación á esta abadía. La sala de los caballeros está llena ahora de tejedores, á cuyo trabajo se ven obligados los presos á someterse. El salón de Montgomery es también una pieza hermosa, construido según el estilo gótico.

Todo el peso del coro de la iglesia está sostenido por un círculo de columnas muy contiguas unas de otras, y por una columna más fuerte situada en el centro. Por medio de esta disposición se ha obtenido una eripta digna de verse. Desde la cúpula de la iglesia, que se eleva á 150 metros sobre el nivel del mar, y que parece surgir de aquel grupo de almenas, de torreones y de estribos, se disfruta de una perspectiva doblemente interesante, no sólo por lo raro de la posición, sino por los lugares que reflejan las miradas. La rada de Cencale, las costas de Bretaña y Normandía, las ciudades de Avranches, Dol, Pontorion, la punta de Granville y la roca de Tombelaine, Tumba Beloni, sobre la cual se adoró al dios Beleno, como lo era entonces en la roca

de San Miguel, son los puntos más notables de este vasto horizonte; una lanura inmensa de arena que la hora del flujo torna muy pronto en un mar verdadero con sus olas enfurecidas y agitadas, completa maravillosamente este cuadro admirable.

El monte San Miguel, situado de este modo en medio de arenas que es peligroso recorrer, bañado en torno suyo dos veces al día por las aguas del Océano que la mara arruja á sus pies, ha sido siempre considerado como fortaleza inexpugnable; su posición, alternativamente insular y continental, constituye un principio de fuerza que ningún trabajo humano sabría reemplazar.

LOS ZAPATOS DE LA INFANTA.

(Continuación del capítulo IV.)

La infanta se acerca al grupo: un rayo de luna acababa de hacerla reconocer la escena.

Tenia esta lugar en una especie de muelle, bañado por las olas; y aquellos dos hombres parecía acaban de salir de un sueño, pues de sus ropas absolutamente empapadas corrían raudales de agua.

—¿Quién sois?... exclamó la infanta con voz ejecutiva y piadosa.

—Señora, respondió aquel de los hombres que aparecía como salvador del moribundo: yo soy patron de una lancha de pescadores, que imprudentemente he dirigido á un escollo, contra el cual se ha estrella-do: mi conciencia me acusaba de mi ignorancia, y decidido á perecer ó salvar á mis compañeros, busqué á estos en el fondo de las aguas; pero ¡oh dolor! solo he podido salvar á dos de ellos, que yacen exánimes tendidos sobre la arena; y ahora, después de esfuerzos desesperados en busca de los otros, sólo he encontrado el cuerpo de este pobre joven marinero, único arriño de mi madre desgraciada y de cuatro hermanos huérfanos.

—¿Por qué no habéis pedido ayuda para salvar á esos infelices? dijo Orfelina.

—Señora, porque el pueblo está aun algo distante, y nadie se pondría en pie ni se arrojaría al mar con la presteza suficiente para salvar los naufragos. Pero ¿qué diré á la pobre madre de este hijo cuyo cadáver llevo?... ¿Qué me dirán tantas familias á quienes he arrebatado el esposo ó el padre que era su sosten?... ¿Qué cuenta dará al Señor de tantas víctimas de mi imprudencia?

Aquel hombre de rostro curtido por la influencia de los elementos de los diferentes climas del mundo, de lengua barba erizada al calor de los trópicos y al riego de las brisas húmedas por el mar, floraba como un niño, ahogado por el dolor.

Orfelina derramó también una lágrima en correspondencia de aquel infortunio; pero reponiéndose instantáneamente, al paso que su rostro adquiría el aspecto de una caridad suprema, estendió su junco hácia los ámbitos del mar... estendió su junco hácia las estremas de la playa.

De repente el hijo de la viuda, depositado exánime sobre la arena, selevanta tranquilo cual si hubiera estado de un sueño pacífico; y mientras que á esta resurrección sucede la de los otros dos asfixiados, aparece cerca del muelle la lancha perdida, con el resto sano y salvo de los tripulantes.

—Señoras!!! exclamó el patron cayendo de rodillas; ¿qué es lo que está pasando?... ¿Es posible que no sea un sueño lo que veo?

—Tranquillízate, dijo Orfelina con dulzura y dirigiéndole una mirada de sublime confianza: todos tus males quedan subsanados.

—Y cómo pagar...

—Lo desearé?

—Oh señora!... con toda mi alma!... ¿Pero qué regalo yo para premiar tan extraordinario servicio?

—Me basta tu gratitud sincera... y una prenda.

—Mi gratitud, señora!... dudareis!...

—No: dadme ahora una prenda.

—Una prenda... yo os daría el corazón!

—Teneis una moneda?

El patron sacó un bolsillo de cuero, que contenía varias piezas de plata y de cobre.

—Ved aquí, dijo á Orfelina, ved aquí lo que tengo: pero ¡oh casa... mi lancha... todo...

—No, no, dadme una de esas piezas de cobre.

Mientras que admirado el patron de aquel exceso de liberalidad mostraba el afán de sacrificar más rica ofrenda, Orfelina tomó la pieza de cobre, y dándola á Alibar, le dijo:

—Guárdala cuidadosamente.

—Mas ¿quién sois?... prorumpió el marino: ¿á quién soy deudor de esta felicidad que me osombra?

—A la caridad, respondió Orfelina con inefable voz.

Volviéndose después á Alibar continuó:

—Marchemos.

En efecto, en tanto que los marineros, milagrosamente salvados de la muerte, llenaban el espacio con gritos de entusiasmo y despertando á los pacíficos habitantes, que comenzaban á abandonar sus cabañas pescadoras, volvieron pastor é infanta á emprender su rápida marcha, perdiéndose á lo lejos aquellas voces de reconocimiento.



Momentos después, la vista de una luz lejana á que los viajeros llegaron con la velocidad del rayo, hizo que Orfelina tocase con la vara mágica las puertas de la casa á que la luz correspondía.



Orfelina y Alibar entraron invisibles en una estancia apartada, de cuyo techo pendía una débil lámpara, que era la que despedía la luz. Sentado á una mesa sobre que se veían algunos papeles, mientras que

las paredes estaban cubiertas de mapas y cartas geográficas, había un hombre anciano de lengua harba y rostro venerable, por cuya frente discurrían al parecer graves y tristes pensamientos.

Abismado en su silencio, y en una inmovilidad absoluta, permanecía inclinados los ojos al suelo, como si por él rodaran las ideas cuya influencia anublaba su frente.

Un ligero ruido le hizo sacudir su abstraccion; y volviéndose hácia la puerta, vió entrar deslizándose por la estancia, una muger envuelta en un prolongado y ancho manto, y en cuya mano derecha figuraba un libro encuadernado en negro, cerrado con broches de metal.

(Continuará.)

DOS SECRETOS, NOVELA ORIGINAL.

CAPÍTULO VII.

LA AUTORIDAD DEL ALCALDE.

Luego que D. Enrique Colmenares se encontró solo con D. Pedro Ponce de Leon, propuso á este el plan de campaña que habia formado de autemano. Enterado por Fortun de que D. Ramiro habia penetrado en los jardines del alcázar, se habia propuesto apoderarse de EL CABALLERO, presentándolo como que persistia en el traidor intento de dar muerte al alguacil mayor; pero como al mismo tiempo creia que estaba en poder de D. Ramiro el pergamino que hasta entonces habia conservado el harquero, consideró indispensable que Ponce de Leon no asistiera á la prision de EL CABALLERO; porque este podría presentarle su talisman, y quedar libre de la acusacion que sobre su cabeza pesaba, echándola sobre la del mismo Colmenares. Para conseguir este objeto necesitaba encargarse de la prision de D. Ramiro, y hacer que éste no pudiera decir ni una sola palabra al alcaide; de modo que su prision y su muerte debian seguirse inmediatamente, ó mejor dicho, su prision debia ser un verdadero asesinato; para lo cual daría motivo su heroico valor, que opondría una desesperada resistencia. Teniendo en cuenta el interés de Colmenares, vimos á ver cómo se esplicó con el hombre á quien odiaba entrañablemente, porque tanta celos de su oñanimoda autoridad.

—D. Pedro, dijo Colmenares acortando el paso y dirigiendo la palabra al alguacil mayor, he prometido apoderarme de D. Ramiro, porque sé el lugar en donde se halla.

—¿En dónde se encuentra? preguntó D. Pedro con impetuosidad.

—Se encuentra en los jardines del alcázar.

—¿En mi propia casa?

—En la misma.

—Eso prueba...

—Que no ha renunciado á su intento.

—Vamos en su busca.

—Deteneos.

—¿Qué intentáis, D. Enrique?

—Intento que cumplamos nuestros respectivos deberes.

—Explicaos.

—Voy á hacerlo inmediatamente, ¿Creeis, D. Pedro, que he dado esta noche bastantes pruebas de actividad?

—¿Quién dudará de ello, D. Enrique?

—¿Creeis que he manifestado bastante interés hácia vos?

—Lo creo, y os estoy muy agradecido.

—Pues bien, D. Pedro, mi deber es apoderarme de la persona de D. Ramiro.

—¿Y el mío, cuál es? preguntó el alcaide, no adivinando por qué D. Enrique se reservaba aquella empresa.

—El vuestro es velar por cuantos duermen al amparo de vuestra autoridad, D. Pedro.

—No os comprendo.

—¿Creeis por ventura que D. Ramiro se habrá lanzado á tan criminal y osada empresa sin haber puesto sobre las armas á los partidarios del conde?

—Muy osado es ese aventurero; mas con todo podéis muy bien tener razon.

—Pues si tengo razon, ¿no será conveniente que mientras yo busco á D. Ramiro recabéis buen golpe de gente para estar prevenidos á todo evento?

—Vuestra observacion es muy justa, y la seguiré puntualmente.

—Ahora no debemos perder ni un solo instante: vos á vuestro empeño, y yo al mío.

—Podéis disponer de mis criados y de los guardias del alcázar.

—Haré uso de ellos. Pero se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—No estaría demás que volvierais á casa de D. Pedro Perez de Guzman...

—Tenéis razon. El almirante es un amigo verdadero, y debo combinar con él cuanto interese á nuestro bando.

—Tomad vuestras disposiciones, y antes de una hora nos veremos...

—¿En dónde?

—En el alcázar.

Antes de una hora esperaba Colmenares haber recobrado el pergamino.

D. Pedro Ponce de Leon se volvió á casa del gran almirante de Castilla, de la cual no estaban muy distantes; y D. Enrique corrió hácia la suya, como caballo á quien desgarran el alicate los ijares. Inmediatamente que llegó reunió á sus mas robustos criados, los armó de espadas y dagas, escogió los seis mas robustos, y después de mandar á los restantes que lo esperaran á las puertas del alcázar, se encaminó con los escogidos á la barraca de Fortun. El barquero se encontraba en ella algo preocupado del giro que iban tomando los sucesos; D. Enrique le mandó conducir á aquellos seis hombres en su barca hasta el embarcadero del alcázar; y Fortun, que no encontraba medio de escapar de la justicia ó la cólera de D. Ramiro, si este no dejaba de existir, cumplió de buena voluntad las órdenes de Colmenares. Muy precisas eran las que este habia dado á sus seis criados. Luego que llegaron al embarcadero, debian permanecer en él lo mas ocultas que pudieran, y muy próximos á una puertecilla secreta. Cuando tratara de escaparse por esta puertecilla un hombre, debian cerrarle el paso y cogerlo, importando poco que lo presentaran vivo ó muerto.

Después de haber dado Colmenares estas precisas instrucciones, corrió al alcázar, se reunió con su gente, y llegó al jardin como hemos visto. El estruendo de las espadas le prohibió el arriete que Don Ramiro se las habia con los criados que envió al embarcadero, corrió á él, y supo que EL CABALLERO habia caído al agua, aunque no podian asegurarle si herido ó sano, vivo ó muerto. D. Enrique quedó indeciso durante algun tiempo, porque consideraba de tanta importancia apoderarse del cadaver de D. Ramiro si habia muerto, como dar cuenta al alguacil mayor y demás caballeros de su bando de lo que acababa de suceder si EL CABALLERO habia conseguido escaparse. Para conciliar ambos extremos, encargó á sus criados que recorrieran las dos márgenes del rio; Fortun, que estaba escondido con su barca no distante del embarcadero, que se deslizara rio abajo largo trecho, y hasta la mar si era preciso, hasta ver si las corrientes arrastraban ó las olas

echaban fuera el cuerpo del siempre temido contrario; y él se dirigió inmediatamente á casa del almirante de Castilla.

Cuando llegó á ella Colmenares, estaban reunidos casi todos los caballeros que formaron el gran consejo, y que se habian separado dos horas antes; y decimos casi todos, porque faltaba Alfonso de Peralla, á quien habian buscado en háflic. Los congregados extrañaban la ausencia de este caballero, que cuando se trataba de obrar, tenia grandísima importancia por su bien probado valor; pero nosotros sabemos perfectamente que en primer lugar su conferencia con D. Ramiro, y después la grave ocupacion que este le habia dado, le impedian pensar por entonces en los asuntos del alcázar.

D. Pedro Ponce de Leon manifestó á sus mas adictos amigos que los habia reunido de nuevo, porque la prision de D. Ramiro podia producir un conflicto, y habia creído mas conveniente partir con personas de grande autoridad y consejo la responsabilidad de las medidas que fuera preciso tomar. Pocas palabras dijo el alcaide, porque la llegada de D. Enrique cortó su relato y avivó la curiosidad de cuantos estaban presentes.

—¿Qué tenemos? preguntó el almirante dirigiéndose á Colmenares.

—No puedo responder con certeza, dijo D. Enrique, que apenas podia respirar de cansancio.

—Pero á lo menos podéis referirnos lo que ha pasado, insistió el almirante.

—A ello voy. D. Ramiro habia penetrado efectivamente en los jardines del alcázar.

Un murmullo de asombro manifestó la viva impresion que esta nueva hacia en los amigos del alcaide. Por la mente de este pasó una aterradora sospecha, y se apresuró á preguntar temiendo recibir una respuesta que confirmara su presuncion.

—¿Estaba solo?

—Enteramente solo, respondió Colmenares con el acento de la verdad.

D. Pedro Ponce de Leon respiró; sus amigos manifestaron el asombro que les causaba tan inusitada temeridad: el gran almirante de Castilla volvió á preguntar á Colmenares:

—¿Lo visteis vos mismo?

—No tuve esa suerte, respondió D. Enrique. Al percibir la luz de las antorchas que llevaban algunos criados de D. Pedro, porque necesitábamos de su auxilio para registrar los jardines, buyo D. Ramiro saliendo por la puertecilla que da al rio.

—Fué un imperdonable descuido dejarle franca esa salida, dijo el almirante con ceño.

—La salida estaba guardada por seis hombres de mi mas entera confianza.

—Esos seis hombres se apoderarinn inmediatamente del fugitivo?

—Cuando llegué á la puertecilla secreta, de los seis hombres apostados quedaban tres.

—¿Y los tres restantes?

—Habian muerto.

—¿Por vuestro auxilio?...

—Fué tardio. Cuando yo llegué, el asesino acababa de caer al rio.

—¿Muerto? preguntaron diez voces á un tiempo.

—No lo sé. Dividí mi gente en dos mitades, encargándolas que exploraran las márgenes del rio; y al mismo tiempo despaché una barca, con orden de seguir rio abajo hasta el mar. Tomadas estas medidas perentorias, creí oportuno venir á daros cuenta de cuanto acababa de pasar.

—Nos ha dejado vuestro relato verdaderamente sorprendidos, dijo el almirante de Castilla, y en la duda de si vive ó no D. Ramiro, es muy difícil tomar una resolucion.

—No lo veo así; y dispensadme que no sea en todo de vuestra opinion.

—Decidnos la vuestra, porque confieso que esta noche solo el alma de nuestros consejos.

—Es muy natural mi opinion, y estoy seguro de que merecerá vuestro asentimiento, señores. En la duda de si ha muerto ó no D. Ramiro, pongámonos en lo peor y demos por cierto que vive. Supongámonos tambien que irritado por el mal éxito de su trama y por la activa persecucion que le hemos hecho, viendo que no ha conseguido su objeto por tricion y astucia, quiere recurrir á la fuerza y combatirnos frente á frente. Supongámonos que en este mismo instante está reuniendo á los numerosos partidarios del conde de Nebra, y que entre las sombras de la noche ó al brillar los primeros rayos del alba, se arroja sobre nuestros amigos y lleva á sangre y fuego la ciudad. Dadas por ciertas todas estas oposiciones, ¿qué debemos hacer, señores?

Colmenares se detuvo aqui como esperando una respuesta; pero viendo que todos callaban y que lo oian con la mas completa atencion, continuó su interrumpido razonamiento.

—Hubíamos pensado, señores, y siento que no esté presente el buen Alfonso de Peralla, que insistió mucho en lo que voy á proponer; habíamos pensado, señores, que nos encontráramos en la imprescin-

dible necesidad de atacar de repente á los amigos de D. Juan Alonso de Guzmán, para que se vieran obligados á huir de Sevilla, dejándonos el imperio de la ciudad. Este modo de proceder defendieron varios caballeros con abundante copia de razones, que no se tomaron instantáneamente en consideración, porque algunos creímos mas conveniente hacer un público y legal escarmiento en la persona de D. Ramiro; partida que ahorra un combate, y que debía producir casi los mismos resultados. El recurso que nosotros propusimos no ha dado hasta ahora los apetecidos resultados, y yo que he empleado todos los medios, debo confesar que repitiéndolos podría ser tambien ineficaces. En este caso creo oportuno que ataquemos esta noche misma á los partidarios del conde: si vive EL CABALLERO lo encontraremos indudablemente en lo mas duro de la pelea, y harán las espadas lo que no ha podido hacer el verdugo, y si ha muerto, triunfamos con mas facilidad de los parciales del tutor.

El discurso de Colmenares fué perfectamente recibido, y casi todos los caballeros se adhirieron á su opinion. El almirante y el alcaide hablaban entre tanto en secreto, y á juzgar por sus ademanes, debian sostener opiniones, ó diferentes ó encontradas. D. Enrique creyó que sus palabras debian haber sido la causa de aquella empeñada disputa; y como tenia mucho interés en que se pasara cuanto antes de las palabras á las obras, se dirigió á los dos jefes reconocidos de la parcialidad enemiga de D. Juan Alonso de Guzmán, y les dijo:

—Todo: cuantos nos encontramos aqui reunidos deseamos saber lo que opinan nuestros verdaderos caudillos; y lo deseamos tanto mas, cuanto que estamos persuadidos de que no hay tiempo que perder, si hemos de empezar con ventaja y probabilidades de buen éxito.

—Mi opinion está conforme con la vuestra, dijo el almirante, interrumpiendo su disputa.

—La misma tendria yo, añadió D. Pedro Ponce de León, si me encontrara en una posicion tan franca y desembarazada como la de todos cuantos me escuchan, pero no sucede así, y por ello debó ser ahora mas prudente, y si es necesario, mas tímido. Soy por el rey alguacil mayor de Sevilla y alcaide de sus reales alcázares: ¿qué se dirá si yo promuevo la confusión, la alarma, una batalla en el recinto de la poblacion que gobiernó?

—¿Qué se dirá si queda sin castigo el horrible asesinato que se ha intentado esta misma noche contra la persona del primer magistrado de la ciudad que gobernais? preguntó D. Enrique.

—Se dirá, que mis enemigos acuden á los medios mas reprobados, mas infames.

—Se dirá, señor alguacil mayor de Sevilla, que la autoridad no tiene en vuestras manos fuerza ni prestigio, que temblais ante la superior autoridad del conde de Niebla...

—¡Colmenares! exclamó el alcaide levantándose con gesto y ademan airados.

—Tiene Colmenares razon, añadió el almirante, queriendo irritar á D. Pedro.

—Señores, señores! no me conoceis, cuando habiais en esos términos de mí.

—Porque os conocemos muy á fondo os desconocemos ahora, repuso D. Enrique.

—¿Qué queréis de mí, caballeros? preguntó el alcaide dejándose arrastrar del torrente.

—Queremos que esta misma noche se realice lo que acabo de proponer.

—¿Y en qué forma?

—Voy á decíla. Vos, señor alguacil mayor de Sevilla, os estableceréis en los alcázares con toda la gente de armas dependiente de vuestra autoridad; el almirante se pondrá al frente de algunos caballeros y de buen número de cristos y gente mercenaria, de la que está siempre á vuestras órdenes; cada uno de los caballeros que están presentes, con una veintena de hombres, se colocará frente de una de las casas de los principales amigos del conde de Niebla, para atacarles en el momento que se presenten; y yo, con alguna gente de armas y varios alguaciles, me presentaré á las puertas de D. Ramiro, y como, viva ó haya muerto su dueño, estoy seguro de encontrar en ella resistencia, esta será la señal del conflicto, y siempre podremos decir que hemos manejado las armas en defensa propia y en auxilio de la autoridad.

Todos aprobaron el plan de D. Enrique, que no dejaba de ser máquiavélico, aunque no habia nacido Maquiavelo, y se dispusieron á realizarlo.

CAPÍTULO VIII.

DOÑA FLOR.

La jóven y hermosa Doña Flor y la anciana dueña, Beatriz, se encerraron en la cámara de la primera, no sabiendo cómo explicarse la inesperada y estraña sorpresa que acababan de experimentar. Las dos daban gracias á Dios que la habia protegido, permitiéndolas llegar á la cámara sin ser vistas ni oídas de nadie, pero las dos temblaban por la vida del intrépido caballero. Doña Flor amaba á D. Ramiro

con esa entusiasta puerza que solo se encuentra en el primer amor de una virgen, y Beatriz era agradecida, y apreciaba á quien sabia darle tan buenos bolsones de doblas.

Pasado el primer momento de terror, erigió la inquietud de la jóven; y considerándose al abrigo de todo peligro personal, pensó únicamente en el que podia correr su amante. Las ventanas de las habitaciones de Doña Flor daban al jardin, y aprovechando esta circunstancia, ocultó la luz y abrió las maderas, vidrieras y celosías, con ánimo de averiguar lo que pasaba en el jardin. Era muy oscura la noche para distinguir los objetos, y la hermosa hija del alcaide no descubrió bulto alguno, pero de vez en cuando oia algunas palabras que solian ser imprecaciones y blasfemias. En cualquiera otra ocasion, la doncella, que era piadosa, y la dueña, que era hipócrita, se hubieran tapado los oídos; pero como estaban las dos tan vivamente interesadas en saber lo que sucedía, se estremecian ligeramente al oír las frases mal sonantes, pero seguian prestando atención.

Diez minutos llevarian de observación y angustia, cuando distinguieron en lo mas apartado del jardin, precisamente en donde se hallaba la puerta que dió entrada á EL CABALLERO, dos luces bastante brillantes, que se adelantaban hácia el alcázar. Estas dos luces eran dos antorchas que traian dos criados de D. Pedro Ponce de León, detrás de los cuales venia un caballero, á quien reconoció inmediatamente Doña Flor, pues no era otro que D. Enrique Colmenares.

Algó hubió dado la hija del noble señor de Marchena por dirigir una pregunta á D. Enrique, pues nadie sabría mejor que él lo que habia pasado á D. Ramiro; pero sus labios se movieron sin producir ningun sonido, y el caballero se perdió bajo las bóvedas del alcázar.

—¿Has visto? preguntó Doña Flor á su dueña, retirándose de la ventana y cerrando las celosías, las vidrieras y las maderas.

—He visto todo lo que habeis visto, y he oido tambien más blasfemias que harian arizarse los cabellos, respondió la dueña santiguándose.

—¿Qué habrá sido de EL CABALLERO? preguntó Doña Flor, acompañando su pregunta de hondos suspiros.

—Indudablemente ganará la puerta antes que llegasen á ella Don Enrique y su comitiva.

—¿Y si habian apostado gente fuera de la puerta?

—Es muy posible.

—¿No percibiste ruido de espadas cuando dejamos el jardin?

—Sí por cierto.

—Pues ese ruido lo causaba D. Ramiro batándose con los que le cerraban el paso.

—No lo extrañaré; porque D. Ramiro es mas valiente que un león.

—Pero eran muchos sus contrarios y lo habrá muerto.

—No lo creo.

—¿En qué te fundas?

—En la opinion que tiene todo el mundo de que D. Ramiro es invulnerable.

—Ojalá lo fuera, Beatriz, pero el vulgo tiene una equivocada opinion.

—No podré asegurar si esa opinion es cierta ó es equivocada; pero lo cierto es, que se cuentan de D. Ramiro cosas verdaderamente extraordinarias. Aseguran unos que lo han visto en dos ó tres parajes á la misma hora; afirman otros, que cuando está en peligro algun partidario del conde, aparece como por ensalmo; y sostienen otros que le han dirigido las mas soberbias estocadas, pero que las puntas de las espadas rebotaban sobre su pecho, como si digran sobre una coraza de diamante. Yo quiero bien á EL CABALLERO, pero os aseguro, señora, que me acerco á él con un temor reverencial, y que tiemblo como si estuviera al lado de un aparecido.

—Esta noche desearia yo que fuera verdad cuanto dicen, repuso Doña Flor estremeciéndose á su pesar.

—Apostaría mis locas á que todas esas gentes armadas de espadas y puñales no han tocado al pelo de la ropa del esforzado caballero.

—¡Ré ahí, Beatriz, lo que es preciso averiguar.

—¿Y cómo lo haremos?

—Llama á Nuño, el escudero de mi padre.

—¿Vais á preguntarle, señora?...

—No me comprometeré, Beatriz.

Salió la dueña de la cámara, y pocos momentos después se presentó acompañada de un hombre de sesenta años, alto, musculoso y fuerte, á pesar de su edad. Este hombre se inclinó profundamente ante Doña Flor, y sin despegar los labios esperó á que lo dirigiera la palabra.

—Nuño, le dijo Doña Flor, he oido en el jardin ruido de armas, y habiendo abierto las maderas, he visto un crecido número de personas á la luz de algunas antorchas.

—Es muy cierto cuanto me habeis dicho, señora, respondió Nuño con una nueva inclinacion.

—¿Qué gentes eran las que atravesaron el jardin?

—D. Enrique Colmenares y algunos criados.

—¿Qué buscaban?
 —A EL CABALLERO.
 —¿Y lo han encontrado? preguntó Doña Flor con ansiedad.
 —No señora, repuso Nuño, que contestaba á las preguntas de la jóven como un testigo al interrogatorio de un juez.
 —¿Por qué buscaban á D. Ramiro en los jardines del alcázar?
 —Porque le han visto entrar en ellos.
 —¿Por dónde?
 —Por la puerta del río.
 —¿A qué creen que haya venido á los jardines?
 —Señora, á asesinar á vuestro padre.
 —¡Eso es imposible! exclamó la jóven con el acento de la mas profunda convicción.

Nuño no hizo un gesto ni profrizó una sola palabra; era imposible leer en su semblante si participaba ó no de la convicción de la jóven. Esta prosiguió sus preguntas.

—¿Por dónde ha salido EL CABALLERO?
 —Por la misma puerta del río, respondió Nuño con su solemne lacónismo.

—Y se ha salvado?
 —No se sabe.
 —Explícate, Nuño, dijo Doña Flor con angustia.
 —Ita caído al agua, no se sabe si vivo ó muerto.
 —Una palidez mortal cubrió el rostro de Doña Flor; pero tomó las mugeres bien-en-el-foiz privilegio de poder mostrar cierta calma en las situaciones mas críticas, la hija del alcaide hizo un esfuerzo desesperado, y dirigió su última pregunta al escudero.

—Sabes algo mas?
 —Nada mas, respondió el anciano.
 —Puedas retirarte, buen Nuño.
 Nuño se inclinó profundamente, y salió de la cámara sin pronunciar ni una palabra, aunque murmuraba entre dientes:
 —Razon he tenido yo siempre en despreciar á las mugeres; si D. Pedro tuviese un hijo, ya estaria á su lado con una buena espada en cinta; pero cómo tiene una hija, está solo mientras que esta pregunta lo que ha pasado en el jardín.

Este corto monólogo explica perfectamente el carácter del escudero; soldado desde la infancia hasta la vejez, que no reconocia otro mérito que el del valor, ni otro pasatiempo que la guerra, y explica tambien por qué Nuño respetaba, pero no amaba á la hija única de su señor.

Luego que salió el escudero, manifestó Doña Flor toda la inquietud que la habian causado las breves respuestas de Nuño, y Beatriz volvió á poner en juego los argumentos que habia empleado media hora antes para probar á su señora, que D. Ramiro era invulnerable, y para convencerla de que aunque EL CABALLERO era sin disputa el doncel más apuesto, bizarro y generoso de toda la comarca, se descubria en él á la legua algo de sobrenatural y fantástico, que era precisamente lo que daba origen á las habillitas de los más honrados sevillanos.

Si Doña Flor no hubiese amado á D. Ramiro, indudablemente hubiera dado su asentimiento á las razones de la dueña; pero como amaba con pasión, y toda muger prefiere para amante ó esposo un hombre de carne y hueso á una mistificación incomprendible, un ser tangible á otro impalpable, la jóven no dió el menor crédito á las razones de la dueña, y siguió temiendo por la vida del intrépido paladin.

CAPÍTULO IX.

D. RAMIRO.

Apenas habla atravesado Peralta el umbral de la cámara de D. Ramiro, cuando se presentó de nuevo Hernando, con su acostumbrada expresion de atable seriedad. El fiel criado se cruzó de brazos ante el jóven y guardó silencio durante un buen cuarto de hora, esperando que D. Ramiro le dirigiera la palabra; pero EL CABALLERO se habia entregado á profundas meditaciones, y no habia reparado siquiera en que estaba Hernando presente. Este debía tener mucho interés en entrar en esplicaciones con su señor, porque viendo que el jóven continuaba silencioso, le dijo:

—¿Qué ha sucedido, D. Ramiro?
 —Nada, Hernando, respondió el jóven alzando la frente un momento, y apoyándola luego en su sien.

—Os pregunto, señor, en nombre de D. Juan Alonso de Guzman, dijo el anciano con firmeza,

A este nombre alzó D. Ramiro la cabeza, miró fijamente al criado, y dijo con sarcasmo:

—Sé que el conde me ha puesto bajo tu tutela.
 —Tutela muy blanda, D. Ramiro, pues pocas veces me consultais, y muy rara vez os pregunto, repuso el anciano en tono de reconvención.

—Tienes mucha razón, Hernando, y he dicho una verdadera necesidad. No tengo motivo para estar quejoso de tí, y el conde y tú podéis estarlo de mi cautelosa conducta.

—Ni el conde ni yo tenemos quejas; sois la flor y nata de los caballeros andaluces en generosidad y valor, y los dos estamos contentos. No se trata pues de recriminaciones ni quejas, se trata de que me digais, y lo exijo por vuestro bien, lo que ha pasado esta noche.

D. Ramiro contó al criado en las menos palabras posibles cuanto le habia sucedido, menos el motivo que le habia hecho penetrar en los jardines del alcázar. Hernando oyó atentamente la relacion de EL CABALLERO, y aplaudió la conducta que habia observado, librando la vida al alcaide. Mas por lo mismo que D. Ramiro se habia reservado el motivo que lo habia llevado al alcázar, creyó Hernando que debía averiguar á toda costa este secreto, y se apresuró á preguntarle:

—Permitidme, señor, que os pregunte por qué habeis entrado en el alcázar.

—Te he dicho que me encontraron en sus jardines, respondió Don Ramiro, creyendo que así esquivaria la pregunta.

—Pues bien, señor, ¿con qué motivo penetrasteis en los jardines? insistió el anciano.

—¿No puedo guardar un secreto? preguntó á su vez D. Ramiro.

—Podeis guardar todos vuestros secretos, señor: yo pregunto, no me respondais.

—No, Hernando; quiero responder á las preguntas. Fui á los jardines por amor.

—¿Amáis por ventura á la hija de D. Pedro Ponce de Leon? preguntó el anciano con vivas muestras de ansiedad.

—Sí, Hernando.

—¿Qué habeis hecho! exclamó el criado cubriéndose el rostro con las manos.

—Comprendo, Hernando, muy bien tu asombro y hasta tu indignación, Doña Flor es hija de un encarnizado enemigo del conde, y yo no deho poner los ojos en la hija del mas terrible adversario de mi bienhechor. Mi conducta es poco noble, lo confieso.

—Y por lo mismo huiréis, señor, de hoy en adelante de esa peligrosa muger.

—Imposible, Hernando, imposible.

—Os mando en nombre de D. Juan Alonso de Guzman, que no la habeis mas, D. Ramiro.

—Te desobedeceré, como desobedeceria al conde mismo si lo escuchara de su boca.

—Vos no podeis mirar vuestra suerte á la de la hija del alcaide.

—Mucho temo que así suceda; ella es muy noble...

—Vos lo sois tambien.

—¿Quién soy yo? dijo D. Ramiro, clavando una penetrante mirada en Hernando.

D. Ramiro dirigió esta pregunta al criado con un acento que no habia empleado nunca, aunque si la habia dirigido muchas veces, y Hernando retrocedió algunos pasos, no pudiendo resistir el fuego de aquella mirada, penetrante como un puñal, y sin responder ni una palabra.

—¿Quién soy yo? preguntó de nuevo D. Ramiro, levantándose y dirigiéndose al fiel Hernando.

—Un caballero, como os he dicho varias veces, tartamudeó el criado.

—No me basta hoy esa respuesta. Necesito saber mi apellido, el misterio de mi nacimiento, quiénes son mis padres, y necesito saberlo ahora, porque me mata la impaciencia.

—Si necesitais saber todo eso, dirigios á otro, D. Ramiro, respondió Hernando con firmeza.

—¿Quién es ese otro? preguntó el jóven con creciente impetuosidad.

—El conde de Niebla, señor.

—Iré á preguntar ese secreto al conde de Niebla, repuso D. Ramiro con manifiesta resolución.

—Harais bien en ello, señor; pero hasta que el conde os responda, no penseis mas en Doña Flor.

Tan impertinente pareció este nuevo encargo á D. Ramiro, que no dió respuesta: Hernando se dió el parabién de que concluyera así el incidente, porque necesitaban ocuparse de mas importantes asuntos.

—Por lo que me habeis contado, señor, veo que estais en peligro y que os persiguen con encarnizamiento, dijo Hernando. ¿Por qué no os presentais al alcaide y le entregais esa espada, que le hará tener muy distinta opinion de vos?

—Jamás daria un paso que revele cierto temor ó cobardia; y además, aunque quisiera dárselo, me seria absolutamente imposible, respondió D. Ramiro con indiferencia.

—¿Por qué?

—Porque perdi la espada en el río.

—Pues en ese caso es preciso que pensemos muy seriamente en vuestra salvacion.

—¿De qué modo?

—Es necesario que salgais ahora mismo de Sevilla.

—Jamás.

—Señor, es absolutamente preciso.

—El conde de Niebla me envió á Sevilla para que sostuviera el ánimo de sus amigos con mi corazon y mi brazo; yo cumplí hoy como ayer lo que me encargó D. Juan Alonso de Guzman.

—El conde os agradecerá que sigais fielmente mi consejo.

—El conde me agradecerá mucho mas que cumpla con mi obligacion.

Esta disputa hubiera sido probablemente larga, porque ni Hernando estaba en ánimo de desistir, ni D. Ramiro de ceder; pero vino á ponerla término el ruido de armas y de voces que oyeron, ruido que venia de la calle. Nuestros lectores recordarán que en el plan de campaña propuesto por D. Enrique Colmenares y adoptado por los amigos del alcaide, se disponia que D. Enrique rompería las hostilidades, atacando la casa de D. Ramiro, y atacándola en nombre de la justicia que iba en busca de un delincuente. Colmenares cumplió su palabra, y media hora después de haberse separado de los amigos de D. Pedro, resonaba el pesado aldabon que cuatro horas antes movió el brazo del buen Alfonso de Peralta. Abrió la puerta el mismo gigante que recibió al leal caballero, y como D. Enrique y los suyos se empeñaron en cruzar los umbrales de grado ó por fuerza, el gigante clavó su alabarda en el pecho del mas osado, dió el grito de alarma, acudieron algunos criados, y se trabó la cruda pelea, cuyo ruido vino á cortar la conferencia de D. Ramiro y el anciano.

EL CABALLERO se echó la capa sobre los hombros, desnudó la espada, corrió al sitio del combate, se puso al frente de sus criados, y á los pocos minutos D. Enrique y los suyos se batian en retirada, procurando ceder poco á poco el terreno y destacando algunos emisarios al alguacil mayor, al almirante y á los principales caballeros, avisándoles que no habia muerto D. Ramiro, pidiéndoles refuerzos, é instándoles á que atacaran hasta completar el estermio de los partidarios del conde.

Los amigos del señor de Marchena no necesitaban los estímulos de Colmenares, y los mas rencorosos ó imprudentes habian allanado algunas casas, atacado á algunos transeuntes, y estendido la alarma por casi toda la ciudad.

Los parciales del conde de Niebla, aunque sorprendidos, procuraban oponer la fuerza á la fuerza, y como estaban acostumbrados á vivir entre las continuas reyertas de dos bandos rivales, encontraron medios de reunirse unos, y no pocos se dirigieron á casa de D. Ramiro, á quien reconocian como jefe, no solo por la confianza que en él habia puesto el conde de Niebla, sino por su fabuloso valor.

En unos parajes á la luz de las antorchas, y en otros entre las densas sombras de una noche de tempestad, se batia el hierro de lo lindo, y Sevilla, sitiada por Fernando el Santo, no presentó nunca un espectáculo tan repugnante y desconsolador como el que presentó esta noche, en que se degollaban los cristianos con frenético encarnizamiento. Los parciales del conde de Niebla, cogidos de improviso y menos en número, llevaban lo peor de la contienda, y se vieron obligados á huir en muchos parajes; pero estas derrotas parciales balanceaban en cierto modo las ventajas que D. Ramiro alcanzaba sobre Colmenares. EL CABALLERO capitaneaba una numerosa cohorte, y habia continuado obligando á Colmenares á batirse en retirada, aunque el almirante de Castilla habia llegado tiempo hacia en socorro de D. Enrique. No las tenian todas consigo los parciales de Ponce de León, cuando se presentó este seguido de un buen golpe de gente de armas, y arrojó el peso de su espada en la balanza del combate.

(Concluirá.)

JUAN DE ARIZA.

LA FLOR DE RESEDA,

LEYENDA ORIGINAL.

(Continuacion.)

—¿Pues cómo?...

—Sí, bien pronto

volvió mi buen amigo
con un médico mudo;
su siervo muy leal;
y tu infelice madre,
ante él y otro testigo,
sostuvo herido haberse
por lance casual...

—¡Ah! ¡pobre madre mia!...

—Al dar hoy á tu mente
tan lúgubres ideas,
otro es mi objeto, Inés:
ha llegado ya el día
que cumplas reverente
el voto de tu madre...

—Tan pronto!...

—Verdad es.

Aun eres una niña,
mas el genit guerrero
con quien unirse debes
tu mano ayer pidió;
quiso con noble tairo
su frente ornar primero,
y ha vuelto ya de Italia
do muchos conquistó.

Si el voto de tu madre,
su voluntad postrera,
no hablasen elocuentes
hoy á tu corazon,
bastara, hija del alma,
la gloria lisonjera
del jóven que te ofrezco,
para tan noble union.

—Sí, mas...

—Habla, hija mia,
tu padre es quien te escucha:
conozco tus reparos,
tu pudoroso afán;
habla.—

Sufría la jóven
desgarradora lucha,
miraba arrebatarse
su flor el huracan;

La flor que en sus jardines
solicita escogiera,
entre otras prefiriendo
la de mejor olor;
y del deber mirándola
en la balanza liera,
vió que habia mucho peso
contra una pobre flor...

Antes, solo un obstáculo
su dicha la impedía,
mas ya un inmenso abismo
se abrió junto á sus piés,
y en tan mortal resriegu
su pecho le decia:
«si no eres de Ricardo,
«serás de Dios, Inés.»

—Padre, dijo por último,
la voluntad acato
de mi adorada madre,
también la vuestra, si:
pero detesto al mundo;
no ambiciono su trato,
y un convento seria
mas dulce para mí.

—Quién á tal pensamiento
tu corazon instiga?

—Mi voluntad.

—¿Qué dices?

—Mi voluntad no mas.

—Quieres que desde el cielo
tu madre te maldiga?

—Oh! no, perdón!...

—Entonces...

dijo Martín.

—Jamás!...

—No cedes?...

—Oh Dios mio!...

—¿Qué dices?

—Padre amado,

mi corazon es vuestro:
¿qué mas quereis de mí?
—Te reconozco, hija!
Ven, y en mi pecho helado
reposa; ven, tu padre
su dicha labra así.

Posó la hermosa niña
su virginal cabeza

junto al tostado rostro
del viejo campeón;
dijérase la imagen
de cándida pureza
sentada entre ruinas
de luto y destrucción.

De allí á pocos momentos
los dos se separaron;
entrámbos corazones
latían por demás:
al tiempo de apartarse
sus ojos se encontraron;
en los de él había dicha:
en los de ella, jamás.

ENTRE-ACTO.

— ¡Qué le importa al mundo ahora
lo que allá en edad pasada
pudo sufrir por amores
quien ya en la tumba descansa!

¡Qué importan, dirá ese mundo,
las locas extravagancias
de una niña caprichosa,
de un jóven presunción vana!

¡A qué vienen esos cuentos
de almas inocentes, cándidas,
que han podido concebir
amores sin esperanza!

¡Pobre chusma sin erencias!...
no escucho tus frases bárbaras;
porque son el sucio polvo
que el viento esparce en sus ráfagas.

Porque yo sé que hay dos mundos:
uno que sufre y que calla,
y otro que al primeró mofa
con ruidosas carcajadas:

Uno que el lauro del martir
al morir tan solo aguarda,
y otro que oculta su lepra
bajo el oro de sus galas.

Con la risa del desprecio,
sé también, ¡ciencia menguada!
que habrá quien diga: «este mozo
gasta la pólvora en salvas.»

Pero sé que hay en la tierra
tristes almas desgarradas,
que es preciso consolar
con bálsamo de palabras:

Sé que habrá quien desahogue
su corazón escuchándolas,
al ver que sin egoísmo,
sin indiferencia cáustica,
hay quien comprenda sus penas,
quien las llore sin mofarlas.

Sé que de mi pobre Inés
habrá quien siga la planta,
quien penetre sin desvío
en su solitaria estancia,
y con desolado lloro
acompañe sus plegarias:

Quien comprenda el cáncer fiero
que su pecho despedaza;
y mire una flor que apenas
al viento su aroma exhala,
por el deber abatida,
para el amor marchitada.

Un querubín que en en fuego
por Dios formado, se abrasa,
ese fuego de delicias
siendo el mismo que le mata.

Una linda mariposa
que á la luz tiende sus alas,
y antes que el calor la temple
quema su cuerpo la llama.

Sé que habrá quien compasivo
siga su dulce mirada
que en ademán suplicante
á Dios consuelo demanda,
y la escuche proferir
entre sollozos y lágrimas:

—Madre tierna y amorosa
que en el empíreo descansas,
y ves de mi corazón
hasta el fondo; madre amada:
si á través de los placeres
que el seno de Dios derrama
puedes fijar un momento
tus ojos en la desgracia,
vuévelos hácia tu hija
que con sus males batalla:
no me niegues el consuelo
que se concede á una estraña.

Si es preciso, madre mía,
que tu voto satisfaga,
si es preciso sacrifique
mi corazón en tus aras,
tuya soy, por tí respiro,
cumpliré lo que me mandas ..

Pero, una madre no puede
con indiferente calma
ver partido el corazón
de la hija de sus entrañas;
tú no quieres ver en humo
mis ilusiones trocadas,
ni negarme puedes, madre,
que á buscar tu seno vaya!...

Mas ah! son vanos mis lloros,
pues que, madre mía, callas:
daré mi mano á ese hombre,
nunca el corazón ni el alma;
le serviré, si lo exige,
como su perro, su esclava;
¿qué mas puede una muger
dar al hombre que no ama?

Si, pintaré sin recelo
de dos amantes la llama,
á quien aun no haya olvidado
los recuerdos de la infancia:

A quien, si no puede ahora
mitigar sus crudas ansias,
porque el hilo de sus vidas
cortó inflexible la parca,

Sabrás tal vez á sus penas
lanzar mirada simpática,
ó al menos venir conmigo
sobre su tumba á llorarlas.

(Continuará.)

FRANCISCO J. ORELLANA.

JEROGLIFICO.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

IMPRESA DEL SEMANARIO PINTORESCO É ILUSTRACION
A cargo de G. Alhambra.